

Mamá, ¿qué es el miedo?

Hill, Priscilla
Mamá, ¿qué es el miedo? 1° Edición
Gato Gordo Ediciones
Octubre, 2018, Tucumán, Argentina.

Edición: Fabricio Jiménez Osorio

Diseño: Patricio Dezalot

Imagen de tapa: Melina Maza

Distribuye: Lúbrica Libros

Reyes Magos

El día en que por fin conocí los aviones, conocí también los mecanismos de control de los aeropuertos. Mientras más desconcertado se veía el viajante, más ilusión de orden poblaba el aire. Policías, perros antidrogas y constante tentativa de retenerte son prácticas habituales de los espacios que conectan destinos en el mundo. Como por cuestiones de desconocimiento no pude responder al interrogante de migraciones, tuve que esperar un tirón largo hasta que consideraron que no era yo una mula y me dejaron seguir. El gran aeropuerto de Bogotá –narco ciudad de trece millones de habitantes– me llevaba a un pueblo, a diez horas desde la cabina de una camioneta por el monte selvático, visitado a menudo por el consumo curativo de yagé, mejor conocido como ayahuasca. Todo lo que pudiera decir en torno a eso sería cavarme mi propia fosa, por lo que alegué no conocer a quienes me alojarían, por tratarse de familiares de un amigo.

Empecé a dar vueltas por ese babel de clase pudiente que viajaba en empresas que no eran la mía, clase económica, sin número de asiento. Si se quiere comprender de manera práctica la diferencia entre lo público y lo privado, basta con visitar un aeropuerto. Mientras en las terminales la gente hace una hora de fila para usar el baño y la infraestructura habla por sí misma de la precariedad, los aeropuertos son pequeños umbrales donde “la gente bien” de todos los países muestra su exotismo y su nivel para decir “zenkiu plis” o “venga, gracias”. Nunca el cotidiano insulto propio de la muchedumbre popular ante la espera inhumana. Se me agazapaba el monstruo del comunismo en el pecho cuando en una vidriera vi una tienda de colección de estatuas tamaño humano de figuras de animé, cospel y personajes animados en general. Había una Sailor Moon de mi tamaño, con la cintura del tamaño de mi cuello y unas tetas y caderas enormes. Vestía una pollera colegiala y un corpiño a medio sacar (o poner). Todas orientales con perfectos cuerpos de la tradición porno. Al local lo atendía un joven de no más de veinte años con rasgos andinos, el pelo verde, el flequillo cubriéndole la cara y una remera de *Tokio Hotel*. Nos miramos como si temiéramos algo, o como si nos hubieran puesto

una 22 en la cabeza para que cogiéramos. Esa imagen me emocionó y tuve que volver la cara hacia la vidriera para ocultar la humedad de los ojos. Entonces la vi. Era una estatuilla de anaquel con una figura de mujer oriental flaca, de pelo hasta los hombros, camisa cerrada y pollera hasta las rodillas. Austera, ajena a esa fiesta de curvas y carnes en pos del placer masculino. Cara de no querer estar ahí, tal como me pasaba a mí. Sin embargo, y quizás por eso mismo, grotescamente sensual, insoportablemente libre. Sentí que se me humedecía la bombacha.

La estatuilla me recordó –como en los trip de LSD– una inagotable experiencia sexual, en medio de una quebrada, con una chica de la zona mientras yo hacía tiempo para tomar el colectivo, hacía ya como dos años.

Era un enero emocionalmente inestable, una de mis novias me había dejado porque conmigo no se puede proyectar y toda esa cantinela, bastante verosímil, mal que me pese. Para no cruzármela en donde vivimos, porque en ese lugar todo el mundo se cruza, sobre todo cuando espera no hacerlo, me fui sola a pasar unos días al norte. Los colectivos en los pueblos montaraces gozan de un comportamiento insondable por lo que terminé teniendo que esperar veinticuatro horas sin

demasiada plata y con toda la pesadez a cuestras. Entré a una heladería con sede en varios puntos del país y la vi, fibrosa y ágil, sirviéndoles helado a unas cinco personas. Me senté y esperé media hora a que terminara.

–¿Necesitás algo? –me preguntó, y su voz me sacó de ese lugar donde descansa la mente cuando se espera sin un panorama claro por delante.

–Un lugar donde quedarme. Los bares están cerrados y está por llover de nuevo.

–Quedate acá. Cierro a las seis, pero tengo que quedarme a limpiar hasta las nueve. Cerramos la puerta y nadie te ve.

No sé cómo se me habían dado las otras relaciones en mi vida, pero esa, sin duda, era distinta. A las diez de la noche, después de limpiar y repasar de manera obsesiva todo por órdenes estrictas de la dueña que le pagaba cuarenta pesos la hora, salimos caminando despacio por la calle principal. Algo en la chica había cambiado, porque mutó su lenguaje corporal y comenzó a moverse como si volara. También se tomó el tiempo de observarme minuciosamente hasta ponerse nuevamente nostálgica.

–Preguntáme lo que quieras –dijo con abrupto entusiasmo.

–Bueno, decime dónde podemos tomar unas cervezas.

–No tomo alcohol –dijo sin que notara en su voz ni un solo dejo moralista.

–¿Una pizza?

–Eso sí. Por acá las hacen en horno de barro.

La charla fue escueta porque la pizza merecía el silencio. Hay algo en la voracidad que anuncia determinados episodios. Liquidamos una pizza entera y me acerqué a pagar a la barra para no incomodarla.

–Vamos –me dijo, y salió– Te voy a llevar a un lugar que seguro no conocés.

Me recordó a un niño en algún juego inocente hasta que ingresamos a un sendero oscuro y arenoso que me paralizó.

–Vamos a ver el pueblo desde arriba. –me anunció– Son quince minutos más de caminata y ya.

Hablaba de su amor por un tipo de arte marcial oriental, cuyo nombre exacto no recuerdo pero que radica, según ella, en alcanzar a levantar tu propio peso con un dedo. Se reía y se interrumpía a sí misma mientras yo la seguía, bastante confusa. Mis ojos iban desde el piso que había cambiado su textura notablemente hasta sus nalgas redondas y torneadas, siempre un paso

atrás. Sentía que había pasado una vida desde que entré a la heladería hasta ese momento. Era como esas situaciones del azar que parecen modificar para siempre tu percepción, y que ejercen sobre tu sistema de defensas una fascinación pánica.

Cuando llegamos a la cima, mis pulmones eran como pasas y me avergonzaba un jadeo casi fatal que ella festejó. Se veía todo el pueblo desde allí. Las estrellas formaban un remolino lechoso y resplandeciente, y apenas hacía frío. De fondo, sonaba música que se toca para recibir a los reyes magos.

–Están adorando. –dijo– No sé si lo has hecho alguna vez.

–No, la verdad es que no...

–Ya me parecía.

–¿Y qué más te ha parecido de mí?

Rió. No la vi, pero sentí algo imperceptible que se produjo en su expresión. La excusa fue mostrarme sus dibujos en la pantalla del celular que hacía con un programa de ilustración. Había trabajado dos veranos seguidos para comprarlo. Eran figuras de animé con la particularidad de que representaban a personas reales de su vida.

–Esta es la mamá de mi novio –me comentó– me pidió un dibujo de ella y otro de su loro para colgarlo en la peluquería.

La oía hablar, concentrándome especialmente en su expresión. Hacía muchos años que nadie deambulaba así por las palabras dejándome descolocada, probablemente sin saberlo.

–Donde vivo durante el año comparto con una chica parecida a vos. –me dijo– Yo nunca había vivido con una... no te vayas a ofender... gringa... Pensé que me iba a discriminar. Me daba vergüenza comer al principio delante de ella y me cambiaba siempre con la puerta cerrada –tragó saliva y pude oír sus palpitaciones en la garganta.

–No me ofendo. La gente suele ser horrible. Yo también le temo.

Nos callamos. Estábamos a seis centímetros. Me temblaba un párpado y las manos me sudaban. Si los síntomas del deseo previos al beso o al sexo pudieran entremezclarse, posiblemente nos sentiríamos menos ridículas. Cuando estoy por besar a alguien percibo que me brotan escamas en la cara, algo en mi humanidad se modifica perturbadoramente. Me besó. También temblaba. Olí el hedor a cloro por tantas horas de fregar la estructura de metal en la que se colocan los helados.

Tenía la boca pequeña, las manos pequeñas, ella toda lo era en relación a mí, pero fibrosa y rápida. Sentía cómo sus dedos se perdían entre los pliegues de mi ropa y me tocaban la panza, el corpiño deportivo, los pezones. Desprendió mi campera por arriba y quedó colgándose como un aro de la cadera. Cuando parpadeé aprecié su cuerpo igual al de sus dibujos. Era una jujeña desesperada por ser como esos perfiles que se autoflagelan y hallan en la tecnología una poética de la soledad. Una latina oriental, achinada, suave. Sentí su boca en mi concha mientras un hilo de saliva me acariciaba el huesito dulce. Vista desde mi ángulo, era una escena de terror japonés. Con una sola mano, la di vuelta mientras introducía uno de mis dedos en su vulva y los pezones cedían ante mi boca. Seguía sonando un villancico y se oía cierto rumor festivo a algunos kilómetros.

Un ruido seco detuvo nuestros cuerpos. Instintivamente me tapé las tetas, que estaban desparramadas por encima del corpiño que seguía puesto. En su velocidad, corrió ante el borde de la subida, a diez metros del piso, y profirió un grito que ella misma apagó con su garganta. Me acerqué con espanto. Había una silueta aplastada contra las piedras. Si no estaba muerta, moriría

sin lugar a dudas. Sentí que se me volvía aceite la sangre. Un zumbido agudo me perforaba los oídos y la chica empezaba a desdibujarse como si se tratara efectivamente de un fantasma tailandés. Temí estar teniendo un enloquecedor e hiperrealista cuadro de terror nocturno como me pasaba cada tanto. La hipótesis quedó anulada cuando la chica, que ya estaba vestida, me tocó el hombro.

–Bajemos a ver –dijo con un hilo de voz.

Descendimos como habíamos trepado y nos acercamos despacio hasta donde estaba el cuerpo. Tenía evidentes signos de maltrato o dejadez física. La ropa estaba rasgada y no tenía zapatos, pero era perfectamente identificable el olor a alcohol casi etílico y a orina, así como el barro pegado en los pies que esbozaban algunos cortes no demasiado profundos. Un tipo de unos sesenta años. La cara había quedado entre la arena y las piedras, boca abajo y nadie modificaría nada del fiambre para identificarlo. A juzgar por las evidencias, estaba ebrio, había intentado llegar hasta nosotras, que estábamos cogiendo en el suelo, y había perdido el equilibrio. Intenté con torpeza verificar si aún respiraba, pero la mano de la chica oriental me detuvo.

–Ni se te ocurra. Corramos.

–Si está muerto hay que avisar a la policía. Y sino, también para ver si lo pueden salvar.

–¿Sabés lo que van a hacer con nosotras los policías? Mejor no te digo.

–Pero podemos explicarles lo que pasó.

–Van a creer que lo matamos –susurró. Empecé a sentirme febril– ¿Y sabes qué? Es como si lo hubiéramos matado. Porque venía para acá. Íbamos a empujarlo igual.

–No podemos saber eso –le contesté dudando de cada palabra que salía de una boca que sentía ajena.

–Que sea nuestro secreto.

–Pero pueden, de todas formas, relacionarnos con la muerte.

–Nadie nos vio. Además, miralo. Es un indigente. Va a salir en el diario de mañana y pasado nadie se va a acordar de él. Aquí la noticia es noticia un ratito si es sobre algo del pueblo. A nadie le importa nada. Todos se quieren ir de acá.

–En serio creo que tenemos que buscar ayuda.

–Mirá, hace dos años murió mi abuelo. Ya era viejo, pero no teníamos para el cortejo fúnebre, entonces mi padrastro armó un cajón con madera que había en la casa. Ya había dado parte de “difusión” mi familia. Le pedimos al vecino del lado si lo podía trasladar en su vehículo hasta la

casa de una de mis tías para que lo veamos ahí. El vecino se revolcaba con la Raquel del quiosco que está a unas cuadras de mi casa, la que te señalé de pasada. Todos sabíamos eso. Pero está casado con la señorita Esther, que fue mi maestra y la de mi hermana. Mientras llevaba el cajón en el auto, pasó por la casa de la Raquel y se pusieron a coger. Se quedaron dormidos. Nadie sabía dónde estaban ni él ni mi difunto abuelo. Apareció al día siguiente. Ya había olor por todos lados porque el auto quedó en la puerta de la casa de la Raquel y le dio todo el sol de la mañana. Nadie hizo nada. No lo velamos. Lo enterramos nomás. La señorita Esther y la Raquel se saludan en la calle, ¿podés creer? Mi mamá dice que la Esther es una santa. Yo que ella lo mato al tipo. Ese día lo quise matar, pero mi mamá dice que las mujeres no matamos, que eso hacen los hombres. Así que ahora a éste lo matamos nosotras. Y nos vamos.

Empezó a correr y la seguí, espantada. Faltaban dos horas para que el colectivo llegara y me trasladara a otro pueblo. En la terminal, ella parecía estar en paz por primera vez en años. La policía pasaba cada tanto a mostrarse y se iba. Lo que ellos llaman “garantizar el orden”. Por cada vuelta del patrullero, se me escapaba un año de

vida por la boca. Cuando por fin visualicé el bus, ni siquiera puse mi mochila en la baulera de abajo. Abracé rápidamente a mi amante y me subí a El Quiaqueño. Al día siguiente, un mensaje de whatsapp de ella me mostraba un link donde se informaba que un hombre en situación de calle y cuya identidad todavía no había podido ser revelada por las fuerzas policiales, se había caído accidentalmente de la gruta y había perdido la vida. En otro orden de cosas, se llevaría a cabo la presentación de La Pastoral a cargo de los jóvenes del Corazón de Cristo ese sábado a las veinte horas, en el Complejo Mayor, entrada libre y gratuita.

Miro la hora. En veinte minutos sale el vuelo. Pregunto al freaky de la tienda cuánto cuesta la estatuilla y la cifra excede el precio de mi avión de cuarta.

–Son piezas de colección. –dice orgulloso.

Antes de apagar el celular, miro el avión sin tanto interés. No es la gran cosa. A mi lado, hay un gringo con su celular que también es una cámara, un astrolabio, una máquina del tiempo, un masturbador capilar, una piedra filosofal, y tantas otras cosas. Lo prejuzgo un estúpido y me siento ligeramente satisfecha. A ella le gustaría reírse de él conmigo. Ambas creemos que

escondernos detrás del pelo nos vuelve invisibles y sabemos que hay vidas mejores que otras. Si hubiéramos matado al gringo, estaríamos presas, dejándonos tatuar los brazos por otras mujeres de la cárcel que nos contarían sus vidas, y hallaríamos lugares secretos solo nuestros, para amarnos a escondidas de las guardia-cárceles. Busco en mi directorio su número y la conversación con ella solo contiene esa noticia, seguida por un escueto, aunque significativo: “Tenías razón. A nadie le importa un linyera”. Y una cara ruborizada, que era la única que suscitaba en un lenguaje no verbal algo de lo que en realidad hubiera querido decir y no pude. No estaba feliz, ni triste, sólo tenía, en esos momentos y en otros en los que recordaría esa extraña noche, la sensación de haberlo soñado.

“Pienso en vos a veces”, escribo después de dos años, sin saber si ella conservaba el viejo número o si, como yo, se preguntaba por la veracidad de sus recuerdos. *Su pack rooming se encuentra agotado. Por favor, envíe un mensaje al 813 para adquirir una nueva oferta.*

El gringo no sospecha que dimensioné los efectos de su muerte. Me paso la lengua por la boca que está seca y agrietada. Cinco minutos

después, y mucho antes de hallarse el avión en
cielo abierto, me duermo.

Anteojos

Llamabas mucho la atención, Raquel. Siempre se te ocurría caminar con esos lentes que me daban miedo porque no se te veían los ojos y cuando te reías parecía que estabas muerta. Te guste o no, uno se ríe sobre todo con los ojos. Ahora me estoy cocinando en esta plaza hace una hora y tengo

miedo de pararme a mirar otras cosas mientras llegás y que nos desencontremos. La última vez, hace siete años, en Berisso, pasó eso y no te ví más. Me arrepentí de tal modo, que no te miento, sentía que había matado a alguien de un exceso de ira o algo así de grave. No sé por qué siempre que me arrepiento pienso en la muerte. Supongo que por lo irreversible o lo final, o ambas cosas. Siento el fin del mundo, pero propio.

Esta mañana he pensado en cómo no nos vimos más, desde hace siete años, porque te encargaste de no dejar ni un rastro y yo no te busqué, es cierto. Y ahora que lo pienso, me mandaste sin que yo lo sepa al banco asesino, y no me puedo olvidar ni una sola noche del revoloteo de las palomas que es como una represa de agua, y los gritos, las bocinas, y la señora del tapado beish y las uñas pintadas que se desmayó. Hubiera querido irme a esperarte mirando las facturas de la vidriera de Casapán o a la señora que vende helado de crema del cielo, que además es el favorito de mi hermana, a la que no veo desde que somos chicas.

Cualquier cosa menos el banco. Y esas ganas de haber estado en otro lado me patearon la memoria. Y otra vez estás vos, diciéndome que no me entendés y yo explicándote que la

comunicación no existe y vos riéndote de mi confesión. De mi voz hecha hilito que dice la desnudez es un acto ético de lavarse la vergüenza y dejarse mirar, que no entiendo, si no hay un compromiso con desprenderse de la ropa, cuál es la idea. Y te burlás y me decís palabras técnicas de chica bien. Y yo te odio, Raquel, como te odié esa noche que me ocultabas del otro lado de la puerta de tu departamento en la 24, ¿te acordás? Saliste a tirar la basura desnuda, con esa desnudez sin sentido, y dejaste además la puerta abierta para que la gata se escapara. Corriste a buscarla, sin ni siquiera tirar la bolsa en el basurero del pasillo y me obligaste a ver el camino de yerba y aceite que se desprendía del sacudón, hasta que apareció el viejo del 5to D que aunque no pudo evitar la erección, y eso también quisiste que viera, estaba sorprendido. Esa noche quise irme igual que esta tarde cuando desde el banco me condeno a ese espectáculo de horror, y vos no estás, otra vez.

Miro la calle, como esa vez te miraba la espalda recién tatuada y quería además de los ojos pasarte el borde del dedo índice y vos me decías que tenía las manos sucias aunque no era cierto. Hace calor y todavía se respira el vapor de las tormentas de verano que dejan un vaho de

presencia tropical e insoportable en el ambiente. Se acerca una nena chiquita y me deja en la rodilla una estampita que alzo hasta cerca de los ojos. *Virgen Desatanudos, ruega por nosotros en la adversidad y ayúdanos a encontrar Su verdad Revelada. Amén.*

La nena está ahora en el banco de al lado y mira un grupo de adolescentes patinar y caerse. Algo le parece curioso porque ciñe las cejas e intenta despejar lo que que nadie más ve. Ese es quizás el primer indicio de que debo pararme e irme a buscarte en otros lugares, aunque no te encuentre y cuánto mejor si eso pasa. Pero me quedo, Raquel. Y veo también a una señora bien vestida, con esas uñas de porcelana implantada, sacarle fotos con una cámara cara a un nene que está por aquí con una tortuga. Siempre he pensado que ciertos grupos humanos creen tener posibilidades dentro de lo exótico, porque raramente una tortuga y un niño pueden generar algo más que fascinación no motora, nada de acariciar las orejas, mostrar la panza, llorar si se pierde. Pero la señora puede comprar esa tortuga y ponerla a interactuar con ese niño que la desplaza sobre el piso rugoso como si tuviera ruedas mientras son fotografiados. La nena de las estampas parece notar ese desliz porque vuelve a

mirar a los patinadores y esta vez se ve cansada. Se acerca con sigilo, porque es la forma en la que una nena que vende estampitas se repliega hasta el lugar donde un niño maniobra una tortuga. Tan cruel es la escena, Raquel, que lo que pasa después me parece, como decís vos, “un corolario”, aunque no sé si lo entendí bien; siempre te costó explicar las cosas para que todos las entendamos. Cuando pasa algo inevitable, el tiempo corre en cámara lenta. Yo no sé por qué es eso, a pesar de tus intentos por hablarme de la despersonificación y eso de ver cómo se te sale el alma cuando tomás esas drogas que me aterran. Alguna explicación más sencilla tiene que tener, como que en realidad cada uno siente el tiempo a su manera, aunque eso te haga quedar un poco mejor a vos que crees, en el fondo, que siete años –Berisso y quince minutos– escalera son lo mismo.

La nena escucha el crujido. El nene puede haberlo confundido con el sonido de la cámara y es cierto que hay, además, otros rumores de ruedas. Autos. Tránsito. Voces. Pero la nena percibe una extrañeza en el aire, un susurro quizás de la virgencita del papel, algo. Yo no sé cómo sentimos, Raquel. Solamente sé que nos pasan cosas y que casi nunca podemos hacerlas notar, pero pasan, están ahí, y nos hacen tener,

por ejemplo, miedo al desencuentro a pesar de saber que es lo mejor que podría pasarnos.

Justo ahí, a la vista de otra nena, que quizás es su hermana porque también vende estampitas. A la vista de la señora del tapado. Desde el banco gris de cemento, la nena y yo escuchamos el crujido cinco segundos antes de que la rama del árbol mohoso caiga sobre la infancia. *Crash*. Ahí es cuando yo siento que el tiempo no es real y que cinco segundos no pueden bastar para matar a un niño. Parece que puede. Y para dolor de quien mira desde un banco ausente, puede matar a dos, aunque uno tenga una tortuga y la otra nada. Y no llegaste, Raquel. Hasta que la policía cerca con esos conos naranjas el lugar. Y los vendedores se acercan corriendo. Y las palomas vuelan violentamente. Y una ambulancia se lleva a la señora que ha partido el lente de su cámara al soltarla contra el suelo. No llegaste. Hasta que la nena hermana-amiga o nadie, siempre nadie, mira el llanto de un hombre de pantalón también claro, más joven que llega corriendo y siente que todos tienen el dolor autorizado menos ella. Llegás tarde, Raquel, llegás con esos titulares que dicen que ha muerto Mariano y otra nena por negligencia municipal, con la exclamación de la gente que le teme a la muerte pero no hará nada

por nadie más que hacer tiempo, ese tiempo que, como el tuyo es un escape de aire hasta el momento de las flores y las lágrimas que no son por la muerte, Raquel, son por la vida, que es como una máquina gelatinosa y pútrida de flotar. Llegaste con los tatuajes nuevos que tampoco me ibas a dejar tocar esta vez. Con mis manos sucias y mi conciencia sucia. Llegaste con las preguntas del foro web sobre la salud de la tortuga y con el auge de las ventas de tortugas bebé en los acuarios de una provincia súper poblada. Provincia fétida. Asesina. Llegaste además con esos anteojos que odio tanto como ese banco, y vos también estás muerta, Raquel. El desencuentro por fin sucede. Andate, Raquel. No quiero volver a ver esos anteojos que vos llamás de una forma que ya no me importa recordar, porque solamente te matan la mirada. No importa cómo lo digas. Andate. Por favor. Raquel.

La Mariposa

“¿Usted qué piensa, soldado? ¿A qué edad se puede empezar a torturar a un niño? [...] El problema de la infancia es que se trata de una edad muy propensa a la fantasía. Los chicos juegan inventando mundos irreales, que pronto se les mezclan con el mundo real. Por más que se los

quiera obligar a decir la verdad, la pura verdad, no se sabe nunca si lo que dicen no lo están inventando, lo inventan aunque no se lo propongan”.

Martín Kohan, *Dos veces junio*

Harta estoy de que siempre a los patines los use primero ella. Yo sé que son suyos, también sé que ni siquiera son de mi talla y que para que me entren tengo que usar dos pares de medias de toalla, aunque haga este calor. Si fueran míos, yo podría usarlos en cualquier momento del día y no tendría que esperar a que se aburra y se vaya a jugar con Carolina. Son su regalo de cumpleaños, mi mamá no puede ser referí como dice ella cuando no sabe cómo hacer para que paremos. Alguien que no es ella le ha regalado eso a mi hermana. No depende de nada más que de sus ganas de prestármelos que yo ande o no.

hay un kiosko con ventanas de secco que rompen el nombre al medio cuando se abren parece que nadie pensó en ese detalle y se ve desde esta vereda como un rompecabezas la pared está sin revoque apesta a orina aunque al hedor lo opaca el olor de la mariposa que hace jabones con perros cómo será para los niños míos mis niños el olor a muerte la vía siempre está desierta hasta la irrupción de algún tren de carga zona roja le dicen hay muchos vecinos y sobran lugares donde esconderse la manzana está llena de pasadizos a gabi lo veo más grande de pronto y en esa voracidad de caza no ha dejado ni uno solo de los

frutos del árbol lechoso de la vereda de emilio luque por usarlos de munición para pájaros vista desde el balcón esta calle es una pendiente de vértigo una cavidad ondulada como la garganta

Flor y yo nos conocimos en la cola de la verdulería mientras yo compraba carne y ella esperaba el vuelto de unas papas. A las dos nos habían mandado para ahí y ella se acercó sin que yo le dijera nada y me dijo sin reírse de mí *te invito a mi pileta*. A mí me quedó para siempre impactada en las pupilas la forma en la que puso la boca para decir *mi pileta*, como dejando salir un aire de orgullo, pero sin nada que sonara creído en su voz. Soy Florencia. Yo soy Guada. Tenía dos años más que yo y me pareció, en ese primer encuentro, inalcanzable.

la señora del kiosko es muy vieja y casi no se le ven los ojos debajo de las arrugas el piso es de barro y hay un olor a alpiste y alquitrán en el agujero al que trepan por tres escaleras grandes de cemento las cosas que vende son sueltas fideos sueltos, arroz, tutucas lo que más le gusta a los niños míos son esos juguitos en un plástico transparente congelado duro como un bloque de hielo rojo que muerden hasta que se va ablandando los compran de a tres porque salen

diez centavos junto con las semillas de girasol a esas se las ponen en la boca y les chupan toda la sal y después las pelan y van dejando un mapa de cadáveres en la vereda los noto ávidos con esas bocas y naricitas de vidriera con mocos pegados y mugre

Mi mamá no me deja doblar por la manzana cuando mi hermana me presta los patines o cuando es mi turno de usar la bici. Tenemos órdenes estrictas de recorrer la calle de esquina a esquina por el costado del cordón de la vereda, donde desagota el agua de las casas cuando los vecinos limpian y que dejó con los años una línea oscura en el pavimento. Por ahí tenemos que andar. Si hay agua, tenemos permiso de correr el límite unos centímetros, pero está terminantemente prohibido ir por el medio de la calle o hacer zigzag cuando ella no nos ve desde el balcón.

Esta noche mi mamá me deja ir a comer a lo de Flor. Queda a una cuadra y media, bajando por la elevación del suelo que nunca puedo disfrutar del todo porque no puedo hacerlo desde el centro de la calle y me tengo que conformar con la orilla. Mi hermana se durmió temprano porque tiene fiebre desde ayer. Mi mamá ha estado haciéndole

pañitos de agua fría toda la noche y yo la he escuchado desde mi cama tiritar. Hoy me voy a animar a hacer algo que nunca hice. No voy a quedarme con el vuelto, ni comerme la leche en polvo con la cuchara, porque es grave, pero no tanto. Al final mi mamá me perdona.

En la mochila pongo la toalla y la malla de color azul que me regaló Luly porque ya le iba chica. Es de las pocas cosas que me hicieron llegar que me gusta mucho porque siempre que la prima de mi mamá dice “Ana, ya te voy a hacer llegar unas cosas para las chicas porque a las mías ya no les van”, son cosas que no me quedan bien. Esta malla, en cambio, es linda. Tiene una raya azul en el medio y el resto es toda roja, pero lo que más me gusta es que se cruza de atrás en la espalda, entonces los breteles no están estirados. Queda como tatuada en el cuerpo. La miro y pienso en las patinadoras sobre hielo y me la pongo debajo del pantalón y la remera. No se nota que la llevo debajo de la ropa. Guardo los patines, total mi hermana no se va a despertar. *Te miro desde el balcón*, dice mi mamá. La casa de Flor puede verse desde nuestro edificio porque es a una cuadra y media, en bajada.

la fábrica está desde mil novecientos catorce en la provincia vino con la gran guerra en europa escuchan decir siempre los niños míos al señor del almacén y panificación más grande de la zona le faltan tres dedos porque los metió accidentalmente en la máquina de cortar fiambres desde que miré el muñón del meñique dejó de saludarme y optó por cubrirse los restos mutilados con la otra mano cuando me ve aparecer la mariposa es más vieja que las casas y los negocios así que el olor a carne podrida es el único que los vecinos conocen y no notan la diferencia tienen el olfato manso casi muerto nadie lo dice en voz alto pero todos creen que el hedor enrarece la atmósfera y que cruzando los pastos prolijos y los canteros de rosas rojas muy adentro de la fábrica están las máquinas con sangre y las moscas sobre los perros muertos cuya grasa se usa para hacer los jabones en unas calderas que emanan humo negro y que se usan para lavar la ropa

Me doy la vuelta y la veo a mi mamá mirarme. Me late el corazón fuerte, pero ella no lo sabe. Ni ella ni nadie. Son las nueve de la noche. El almacén del señor sin dedos y el quiosco de los juguitos están cerrados porque es el día de los muertos. Hace calor y me tiembla la cien. Cuando

llego a la casa de Flor, entro por el portón y nadie me escucha porque están en la parte de atrás de la casa y el portón está abierto como siempre. Espero veinte segundos, salgo y ya no hay nadie en mi balcón. Corro porque está oscuro y vuelvo hasta la puerta de mi casa. No hay autos. Es domingo de visitar cementerios. Me saco la remera y la maya transpirada deja entrever los omóplatos huesudos. Me siento en el cordón y me pongo los patines con los dos pares de medias de toalla. Patino hasta el centro de la calle. El viento me despeina y me hace picar la cara. Vuelvo a mirar y sigo sin ver a nadie. Tomo aire y cierro los ojos. La bajada empinada me da tanta velocidad que pienso que estoy cayendo en un pozo ciego. Antes de caerme contra el piso y sangrarme las rodillas, escucho unos pasos. No puedo ver casi nada y solo distingo un cuerpo ahí, que me sostiene de atrás y me levanta. De repente estoy en las escaleras del quiosco y huelo el alquitrán. Debo estar demorándome mucho y aun así Flor no sale a esperarme a la puerta. Seguro que se enojó porque el otro día llegué una hora tarde y ella había salido tres veces a ver si aparecía, porque tenía ansiedad, dijo. No sé si sé qué es la ansiedad, pero Flor es más grande y siente más cosas que yo seguramente. Me duelen las rodillas

mucho y los ojos están colorados de las lágrimas. ts ts ts ts ts ts ts ts. Una mano me tapa la cara completa. Estoy acostada sobre un escalón a medio metro del piso. Sé que, del otro lado de la pared, en el freezer que hace un ruido de máquina vieja, duermen los juguitos congelados. Puedo mover los brazos y las piernas, pero una fuerza me fija al suelo, a la altura del estómago y el cuello. Una vez mi prima me dijo que si a las tortugas las dejás dadas vueltas toda una noche se mueren por la desesperación. Se hamacan hasta que dejan de respirar y se secan. Después la carne se hace tierra y al caparazón lo podés pintar con los colores de San Martín, o dejarlo de adorno. Así dijo. Nunca me pude olvidar de eso ni de mi otro primo que le tiró el salero entero a un caracol hasta que se desintegró al lado del campamento que habíamos hecho en la casa de mi abuela.

Me voy a morir. Seguro me muero ahora sin poder respirar ni un poco de aire antes. Pero estoy respirando porque para llorar necesitás tomar aire. Por algún lugar entra el aire pero yo no lo veo. Debe ser como con las tortugas, que dicen que respiran también por el caparazón por eso si las pintás cuando están vivas se mueren automáticamente. Parecen frágiles las tortugas pero resisten hasta el peso de un camión si tienen

las partes blandas del cuerpo adentro. Ts ts ts ts ts. Una voz que parece de otro mundo me susurra cosas que no entiendo. Es una voz fina, aguda y agitada. Sus movimientos expanden mi cara. Me siento como en el remolino que se hace cuando sacás el tapón de la pileta y toda el agua se mezcla y explota y desaparece por un agujero. No sé dónde están mis ojos ni la boca ni la nariz. La voz susurra y hay un sonido como de abeja, un zumbido que me paraliza el alma o algo que no sé qué es.

Huelo a los perros muertos de los jabones de *La Mariposa*. Los siento en la nariz y es tan fuerte el olor que también lo siento en la boca como un líquido espeso que me ahoga. Tal vez así sea morir y después ya pase. Me voy a morir. Me estoy muriendo. Tststststststststss. Flor ya debe haber comido y se debe haber ido a dormir enojada conmigo. Ya no me debe estar esperando. No le di a mi mamá un beso. No le pedí disculpas a mi hermana por robarme sus patines. No hice la burbuja más grande del mundo con un caño de PVC que está tirado en el fondo del edificio y que escondí para cuando tenga la oportunidad. Me parece que alguien ha cerrado una ventana porque siento un ruido y la única luz que hay se

muere. Así debe ser morir. Después debe ser que va a pasar.

La fuerza se relaja y siento que deja de golpearme contra el piso. Mi cuerpo es como una madera hueca. Siento unos gusanos que me comen por dentro. Soy liviana como una bolsa. Escucho pasos que se alejan. Debo haber muerto. Así debe ser morir. Y después, seguro, pasa.

*a los vecinos se los ve perdiendo sus vidas
viviendo creyendo que viven aunque a veces se
preguntan cómo se aprende a perder lo que se
pierde y se callan y tragan saliva para hacer algo
con la boca que no sea hablar del mundo que no se
pueden explicar*

*

Daniela la mira otra vez afligida. Tiene las mismas ojeras que ayer. Es la segunda noche que la despierta y la empuja. Que ha gritado de nuevo. Que la ha escupido, cómo lamenta oír sobre todo eso. Se abrazan y respiran el miedo agazapado en los poros de la otra. La piel de su amante cede ante el roce y toma una textura animalesca. La imagina sonriendo en la oscuridad impenetrable del cuarto. Resplandecen los ojos del

gato como luces de neón brillantes y tenebrosas. Mientras recupera la conciencia, la alivia que Daniela sepa de la necesidad de sus silencios cuando se asusta; y agradece que esa mujer y ese gato la ayuden a fingir que las sábanas no están de nuevo mojadas y tibias. Que el desvío casual en su moto por la zona de *La Mariposa* porque habían cortado la ruta no era un recuerdo, *sólo un sueño, amor, estabas soñando.*

INDICE

Reyes magos

(3)

Anteojos

(18)

La Mariposa

(27)

Este libro se terminó de imprimir en octubre de 2018,
en San Miguel de Tucumán, Tucumán, Argentina,
con una tirada de 100 ejemplares.